

RELATORES Y RELATOS

Nicolás Rodríguez Sevillano, el herrero que se hizo ingeniero machacando, nieto del tío Elías, el de la fragua de El Romeral y que sigue como cuando estaba en ella de llano y natural, tiene unas salidas que él las explica con la propiedad del que las ha mamado desde chico, por eso es un ingeniero de cuerpo entero, de los que están en el taller y no en la oficina firmando oficios y archivando papeles sin ver la obra ni por el forro.

Pues bien, la salida es que cuando machacan a un tiempo el maestro y el oficial sobre el mismo hierro y hay que darle la vuelta, el maestro da un pequeño golpe en el yunque, como pidiendo paso y entonces el oficial pierde un golpe al que se llama salida, porque permite al maestro dar la vuelta al hierro sin perder el compás del martilleo que se oía antes a larga distancia de todas las fraguas de los pueblos, por las mañanas con la forja y por las tardes calzando ejes o *abuzando* rejas.

Con la calda y el martillo le echaban piezas a los hierros tan perfectas como se las echaban las mujeres a los pantalones de pana que a última hora eran solo piezas porque no todos los días se podían hacer unos nuevos y esas quedaban exactas como un embaldosado de remiendos si las manos de la mujer eran suficientemente primorosas, como lo son las de Nicolás para escribir aunque hay que conocerle para entenderle, de tanto como embute y saber que no es lo mismo empalmar a martillazos que soldar con la autógena, pero las cosas se quedan dentro y repitiendo la lectura se le saca zumo hasta la décima vez o más, que se vea derecho el ojo guiñado de los puntos de las ies.

Nicolás tiene de común conmigo bastantes cosas, aunque no las digamos porque nos esté mal el decirlo y entre ellas el amor a esta tierra reseca que en El Romeral es todavía peor, lo que se dice yeso puro, pero que se remoja y hace cuerpo y si no se le ve la punta es porque la tiene dentro, pues la gente es pareja y naturalmente áspera, de la misma tela de aquella alcaldesa de por aquí, aunque más bien largo que cerca, que fueron a dar un festival taurino los Bienvenidas llevados por Curro Mejoja y durante la recepción en el Ayuntamiento, cuando todos estaban sentados en la mesa se presentó la alcaldesa. Curro y sus acompañantes se levantaron e hicieron ademán de dejar paso para que ocupara la presidencia:

—Quia, dijo ella muy diligente, no se molesten, y se metió por debajo de la mesa hasta llegar a su sitio.

Otra vez echaron guardias alojados como era costumbre cuando pasaba el Rey y alguna mano precavida mandó al teniente a una casa de la plaza donde había varias solteronas.

En uno de los cuartos de esa casa, como era usual también, tenía la música la academia, pero esa noche no ensayaron porque desde el cuarto se veía la habitación del teniente con la que le arreglaba la cama, pero un veterano cogió la trompeta y se salió a la plaza tocando generala. Al momento aparecieron varios números y el teniente abrochándose los pantalones que al darse cuenta de la broma le dió una torta al corneta, que lo era el tío Francisco.